

# El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 26 JUNIO 1897. NÚM. 26

## EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Correspondencia, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

### LA HUMILDAD EVANGÉLICA

Había recepción en el palacio real.

La masa de curiosos que en las grandes poblaciones forma el coro obligado de todas las fiestas aparatosas, los forasteros que pasean las calles admirándose ante los esplendores de talco que el pretencioso Madrid copia imperfectamente de las primeras capitales de Europa, agrupábanse en torno de la regia vivienda, para extasiarse con el aparato monárquico, que tan caro cuesta á la nación.

El lujo anacrónico, único recuerdo que sobrevive de la monarquía absoluta, invadía como oleada de oro y de colores las blancas arcadas que dan acceso al palacio. Pasaban los tricornos ribeteados con sutil pluma de los tiempos de Fernando VII; las casacas á lo Godoy, recargadas de pesados bordados al realce; pantorrillas de tísico, enfundadas en medias de seda; espadines de nácar y oro, puros y sin manchas, demostrando que aun queda virginidad en el mundo; grandes cruces, deslumbrantes como pequeños soles; bandas que cruzaban los pechos como arroyuelos de colores; enhiestos plumeros que ondeaban al frío soplo de una tarde tempestuosa, y los alabarderos con su aspecto de soldados rococó y caricaturescos, saludaban con golpes de alabarda aquel tropel de privilegiados que, en plena civilización democrática é igualitaria que tiende á unificar el traje bajo un patrón sencillo y austero, recordaban el mal gusto, la afición al oropel de las tribus salvajes, cubiertas de chillones adornos y engalanadas con complicados tatuajes.

Sonaban las músicas la interminable Marcha Real; lanzaban trompetas y clarines sus notas agudas y espeluznantes, que recuerdan los gritos de agonía y muerte en los campos de batalla; y, al compás de esta sinfonía bélica, propia del poder real, antes basado en la razón de la fuerza que en la voluntad de los pueblos, iban entrando en el palacio los eternos coristas de las fiestas monárquicas; los generales, que más que hazañas gloriosas recuerdan pronunciamientos y violaciones de la soberanía, nacional; la magistratura, con la seriedad y el aparato terrorífico de la Némesis vengadora y cruel; la representación de los cuerpos colegisladores, de ese parlamentarismo que es la equivocación más fatal de un siglo, reformista; los ministros con sus ridículos hábitos de aves del paraíso, y los que lo fueron y aguardan la hora de cambiar el simple frac por el uniforme, con el pecho cuajado de ojos bordados; el cuerpo diplomático con su aspecto multicolor de pájaros exóticos, y la gran masa de público admiraba, con el fervor de los papanatas, la roja casaca del embajador

de Inglaterra, el encarnado gorro del de Turquía, la rubia barba del de Suecia, la banda tricolor del de Francia y las rayas floreadas y el rostro mísero de rata mojada del representante de la China.

En medio del tropel de uniformes aparatosos, entre militares y diplomáticos, destacándose sobre los hombres de la guerra y los que viven del engaño, llamaban la atención otros que arrastraban las colas de sus túnicas rojas ó moradas, y en cuyos rostros sonrosados, lampiños y carilinos, marcábase la expresión de los seres satisfechos de la vida, que viven poseídos por la santa calma y la vagorosa felicidad de una digestión jamás interrumpida.

Eran los prelados, los cardenales, el representante del Papa, todo el alto clero que acudía á felicitar á la majestad terrena en su fiesta palaciega. Eran los conserjes del cielo, los que poseen las llaves de la salvación eterna, y tal vez por esto marchaban á la cabeza de todos los cortesanos, mereciendo de los reyes de este rincón de la tierra llamado España, el ser admitidos los primeros.

Unos eran viejos, con el perfil anguloso y audaz, secos y cetrinos, como si tostase su piel el fuego interior de ardientes ambiciones; otros jóvenes, frescos, sonrosados, alegres de vivir en este mundo donde todo placer es accesible al poderoso, y reflejando en sus ojos el esplendor de la felicidad que todo lo tiene y nada desea: y los había casi adolescentes, hijos de grandes familias, que tomaron la carrera de servir á Dios como hubieran servido á Alfonso XIII al frente de una compañía ó como *ataches* de embajada; prelados domésticos de Roma, con todo el lujo femenino de la corte pontificia, perfumados, gallardos, de rostro aniñado y caderas de mujer.

Todos ellos, como descontentos de sus deslumbrantes alzacuellos, de las amplias y airoas túnicas de seda, de los brillantes sombreros con borlas doradas, ostentaban sobre el pecho un escarapate de bandas multicolores, de placas brillantes, y sobre las monturas de oro centelleaban como moléculas de sol las apretadas masas de piedras preciosas.

¡Oh la santa humildad!

El general lucía allí sus complicadas galas, en recuerdo tal vez de grandes injusticias ó de hazañas problemáticas, pero siempre, desde que el mundo existe, se ha recubierto el guerrero con brillantes adornos; el diplomático y el gobernante, siguiendo la tradición mundana, obran lógicamente al revestirse de esos brillantes distintos que engañan y turban al pueblo, como los móviles espejuelos turban y atraen á las simples codornices; pero los hombres de la Iglesia cristiana, ¿con qué derecho, con arreglo á qué tradición, no contentos con la seda y el oro, se adornan con bandos y cruces, con todo el tatuaje de los seres vanos que sirven á las majestades terrenas y no reconocen ideales más allá de los tejados?

Jesús era hijo de Dios, y jamás ni el arte ni la historia le pintaron más que con la pobre túnica morada y los pies descalzos; la majestad la llevaba en los ojos dulces y amorosos, justamente donde en los tiempos presentes sólo tienen sus más altos representantes el empañamiento de la digestión penosa ó el fuego que consumió á las siete ciudades malditas de Dios. Los apóstoles eran santos mendicantes que comían en la pobre casa de los esclavos, por ser éstos sus más fervientes partidarios; el enérgico Pedro pescaba, sin que sus manos de jefe de la gran democracia cristiana se deshonrasen al encallecerse tirando de la red; el elocuente San Pablo, pilar el

más firme de la Iglesia, tegía esteras para ganarse el pan y no ser graboso á sus correligionarios; los grandes propagandistas de los primitivos tiempos, los mártires, las vírgenes, los que cantaban por la noche en las catacumbas y eran despedazados al día siguiente en el Coliseo, abandonaban sus riquezas confiando en el Dios del Evangelio, poético é igualitario, que mantiene al pajarillo y se encarga de vestir á los lirios y las azucenas con los más vistosos y ricos hábitos; San Francisco de Asís, el Jesús de la Edad media, en su horror á la ostentación y la soberbia, desnudábase en medio de la plaza de la Señoría y maldecía á todo cristiano que tuviera más de una túnica y llevase monedas en los bolsillos; y éstos que hoy se llaman sus herederos, que no perderían ni una uña por su fe ni por la humanidad, pues apenas surge la epidemia ó la guerra se encastillan en sus palacios; éstos que hasta para los trabajos más fáciles cuentan con un tropel de familiares y secretarios; los que no encuentran sillón bastante mullido ni carroza cómoda; los que atesoran el dinero de la fe para la prima ó la sobrina, y viven en el lujo llamándose príncipes, esos se burlan en el fondo de su mente de Jesús, de los mártires y los ascetas, como se han burlado muchos políticos sin conciencia de los inocentes que les encumbraron derramando su sangre en las revoluciones; y es tanta su humildad, persiste de tal modo en ellos el espíritu evangélico, que se cubren de todos los distintivos inventados por los reyes para halagar la imbecilidad humana, y en las fiestas palatinas promueven cuestiones de etiqueta para pasar siempre los primeros.

Yo les veía desfilar con sus sotanas de seda, que dejaban tras sí una estela de perfumes, pintarrajeados y abrigados algunos como *cocottes* recién salidas del tocador, sonriendo como abates del pasado siglo á las jamonas averiadas con coronas de marquesas y duquesas, que también iban á la recepción, y pensaba en los primitivos cristianos, en aquellos varones fuertes, puros, desinteresados, siempre en contacto con la miseria, con el pensamiento puesto en el santo ideal, los cuales, en esta podredumbre que hoy nos ahoga, sólo podrían encontrar cierto parentesco con los anarquistas (sí, ya está dicho) con los anarquistas, que podrán engañarse, pero que no se venden, que no abdicar, que tienen fé y saben morir por sus ideas, queriendo reformar por el terror y la destrucción la misma sociedad corrompida que el Mártir cristiano intentó inútilmente regenerar por la dulzura y el sacrificio.

¡Sarcasmos de la historia! ¿Serán inútiles todos los esfuerzos que se hagan por convertir esta sociedad á la abnegación, la modestia? Las manos callosas de Pedro y Pablo trabajaron para que ahora otras manos cuajadas de sortijas, frotadas con pasta de almendras y saturadas de violetas, bendigan á los poderosos; los pies desnudos y empolvados del poético Francisco se ensangrentaron en los agudos peñascos de la Umbría para que ahora otros pies cubiertos de charol y con hebillas de oro pisen á todas horas, no el tugurio donde agoniza el miserable, sino las alfombras de los palacios; y quieren, ¡oh engañado Jesús!, que tu túnica pobre, impregnada por el ambiente de las muchedumbres, de los leprosos, de las mujeres abandonadas, de todos los desesperados, entre los cuales viviste derramando consuelos, sea la justificación de esas sotanas perfumadas, cubiertas de placas y cruzadas por bandas, con



que ahora se cubren los que se llaman tus sucesores.

Volviendo la vista con asco de aquel grupo de lindos mixtificadores de una santa idea, me fijaba en unos cuantos curas viejos mezclados en el gentío. Eran, sin duda, de los forasteros atraídos por la pompa palaciega; sacerdotes de aldea, pobre gente que vive mezclada con el rebaño pardo y miserable que apenas si mata el hambre arañando el árido terruño de Castilla: y al fijarme en sus sucias sotanas, en sus manteos amarillentos, los zapatos groseros y viejos y el rostro enjuto y requemado por el sol, sentía por ellos cierta simpatía, á pesar del abismo que se abre entre la fe ciega y candorosa y la razón despierta y soberana. No eran hermanos, pero eran parientes; pertenecían á la gran familia de los pobres y los explotados; tenían ese sello que llevamos todos los víctimas de la farsa social.

Eran servidores del cielo como los otros; el Dios del catolicismo se transformaba en sus manos burdas lo mismo que en las otras de perfumada damisela, y, sin embargo, estaban abajo, en las filas de los hambrientos de pan y de justicia, comparando sin duda mentalmente lo que va de los cinco reales diarios ó de la misa de dos pesetas, buscada como el albañil busca trabajo, á los veinte ó treinta mil duros anuales de algunos prelados.

Y yo sentí la tentación de decirles:

«Esos no son de los vuestros. Ignorais, pobres tontos, que hay dos catolicismos. El vuestro, que predica á los explotados la resignación, y el de esos que consagran con sus bendiciones todas las maldades; ¡Pobres explotados que no habéis sabido haceros sacerdotes del Dios de los de arriba! No sois todos iguales. Rabiad, moríos de hambre, sufrid las humillaciones ya que no tenéis fuerza para protestar, para alzaros contra vuestros tiranos. Un pueblo, el francés, supo regenerarse abatiendo las cabezas de los privilegiados. Vosotros no sois curas, sois jornaleros de la fe, braceros eclesiásticos, peones del catolicismo. Para ser hombres, para ser sacerdotes y que la religión sea la verdad evangélica digna de respeto, os falta cortar de un golpe el alzacuello morado.

BLASCO IBAÑEZ.

## LIMOSNA

¿Qué es eso que dices, Juan Lanus, de que una sociedad que no te da trabajo para librarte de la miseria, no tiene derecho á ser cruel contigo cuando cometes alguna falta?

¿Qué culpa tiene ella de que tus respetables y andrajosos papás te echaran al mundo sin advertir que los seres débiles, como las razas débiles, están llamados á desaparecer?

La sociedad tiene todos los derechos que se le antoja, cuando los cañones y los fusiles se encargan de velar por ellos, y no eres tú quien puede juzgarla en este punto, porque serías juez y parte.

Y todo esto lo dices porque, degradándote hasta lo inconcebible, saliste hace quince noches á pedir limosna, te echaron el guante y te llevaron al Pardo.

¡Pedir limosna! ¿Qué vergüenza! ¿Para que niegues que aun hay clases! ¿Cuándo has visto á una persona bien acomodada hacer otro tanto?

Pedir es peor que robar; así lo han entendido en la América del Norte, donde castigan con un año de prisión correccional al que pide un pedazo de pan en la calle, en tanto que si lo roba sólo sufre treinta días de cárcel. Robar, se considera un delito; pedir, un crimen.

¡También fué ocurrencia la de ponerte á pedir limosna á la puerta de una iglesia! El primer devoto que salió de la función religiosa celebrada en alabanza del Dios que ama á los pobres, á quien te dirigiste creyéndolo bien dispuesto á la caridad, llamó á la pareja pro-

xima, que te echó el guante y te condujo á empellones á la prevención.

¿Que te pusiste allí después de haber llamado en vano á la puerta de todos los asilos religiosos?

Pero, tontaina, ven acá. ¿Quién te ha dicho que esos asilos sirven para socorrer las verdaderas desgracias? Se fundan para pedir, no para dar; son ratoneras que la piedad arma para cazar á las gentes con dinero; y así como en aquéllas ponen un pedazo de queso ó de tocino para atraer á los ratones, así en los asilos mantienen unos cuantos chicos ó chicas, ó fingen que los educan, para que suden los corazones caritativos.

Si estás decidido á vivir de la mendicidad, tómala por oficio, no como recurso extremo; mas aun en este caso, es preciso que en vez de ostentar esa blusa rota y desgastada por el trabajo, te cubras con el respetable manto de la religión; sólo así no hallarás puerta cerrada, ni mano que se cierre tacaña.

Asociaciones de señoras se ocuparán en ahorrarte trabajo mendigando por tu cuenta, y, al par que para el prisionero del Vaticano, reunirán para ti muchos miles de duros, joyas y objetos de arte que hagan envidiable tu vida de pordiosero.

Ve el ejemplo que dan los que siguen el camino de la perfección, los católicos más católicos, y renuncia al vicio del trabajo para practicar la virtud de la mendicidad cristiana.

Mas nunca pidas por necesidad. Amén de no obtener limosna, irás de la vía pública á la prevención, de ésta á la cárcel, y á lo mejor te conducirán por tránsitos de justicia á Babilonia, pueblo de tu naturaleza.

JOSÉ NAKENS

## DÓMINUS VOBISCUM

—¿Pero quién es este tío, que está pelándonos hace un mes y todavía nos toma el pelo?—exclamaban los jugadores de treinta y cuarenta y de baccara de una playa del Norte á la que acuden en verano millares de madrileños, andaluces, navarros, aragoneses, y así, como dicen mis convecinos los bascos.

El hombre que peleaba era gordo, rechoncho, bien cebado, llevaba la cara afeitada, vestía con sencillez. No era muy bien educado, porque en el juego y en la mesa se conoce á los bien nacidos, y mi hombre jugaba con notoria ordinareiz. Cuando ganaba, se reía descaradamente; y cuando perdía lanzaba interjecciones impropias de una provincia católica.

No, no se juega así en una comarca devota. Que se pelen unos á otros los habitantes, bueno va; pero jurar, no. Más de una vez tuvo que recordarle tal senador por derecho propio, entre un ocho y un nueve, que no blasfemara, y el desconocido, un si es no es cortado, solía decir: «No hay que enojarse ni tener cuidado; lo que digo en un momento de rabia va rectificado interiormente.» Era sin duda partidario de eso que llaman *reservas mentales* los republicanos ó carlistas que al jurar el cargo de diputado prometen fidelidad al rey de las Españas.

¿Pero quién era?

Una *fiera* que había nacido para, como decía León, de sesperarle!

León era un muchacho rico, honradísimo, pero dominado por la pasión del juego. Perdía pacientemente su dinero, y estaba ya, á mediados de Agosto, en el último período del jugador. Cartas á la familia, pagarés en la caja del Círculo, bajonazos de cien pesetas á los íntimos, sortijas en el monte y paseos con monólogo en las montañas, eso que los inteligentes llaman *el delirio* y que viene á ser como el principio del estertor de un tísico.

Siempre que el hombre gordo y barbirrapado tallaba levantaba los miles de pesetas como agua, y León se quedaba más limpio que la cara del banquero.

Al treinta y cuarenta sucedía lo mismo. ¿El hombre funesto se ponía en el lado del encarnado y León en el del negro? Pues era infalible, que se daban veinte colorados seguidos. ¿Cambian de sitio por la noche? Pues allí donde se ponía el gordo, racha infalible.

León, como hombre bien educado, se contentaba con maldecir *interiormente* del enemigo aquel, mientras que el otro se reía como un descreído y se marchaba despidiéndose en latín. Unas veces decía *Pax vobis*, metiéndose los billetes de Banco á puñados en todos los bolsillos. Otras veces decía *Dominus vobiscum*, yéndose á la Caja con una cestita llena de fichas para cambiarlas por dinero real y efectivo. Y León le veía marcharse y le seguía con la vista, echándole unas miradas que querían decir: ¡Ojalá te lo gastes en botica!

Los jugadores del país, á quienes León, forastero, no conocía, llamaban al tal hombre Don Celedonio —¡Hola, D. Celedonio! — ¡Vaya, D. Celedonio, que ya va usted aviado! Otros decían: ¡Ahora no nos saludará usted más que en latín, porque le trae suerte!

—¿Y por qué nos habla en latín?—exclamó una vez un navarro muy francote y muy llano.—¿Que hable como todo el mundo!

—Ya sabe usted, dijo un sabio cazado con liga que solía sacar todos los días su durito para la plaza, que *Pax vobis* quiere decir, *la paz sea con vosotros*, y *Dominus vobiscum*, *el Señor sea con vosotros*. Es un hombre ilustrado que nos saluda con las palabras de la Iglesia...

—Bueno, pues que lo peinen, dijo un madrileño de la alta, sacando una cartera del bolsillo y añadiendo: ¡Caen cinco duros!

Don Celedonio, según le dijo á León un amigo improvisado, un vecino de mesa, era cómico; pero León conocía á casi todos los actores de España y no había visto nunca aquella cara delante de una concha. Otro le dijo que era cantante de capilla, y acaso fuese verdad, porque el hombre terrible tenía voz de bajo profundo.

Y aquella noche, en el treinta y cuarenta, continuó el desconocido de los forasteros ganando un *dinero loco*, según expresión de los perdularios. La única vez que León ganó contra él fué por una equivocación. El *croupier* que tiraba las cartas, dijo:—¡Nueve, tres! ¡Encarnado gana y color!

Y ya extendía la manaza y los dedos de alivio de luto D. Celedonio para coger un montón de billetes, cuando León le dijo:

—¡Eh, perdone usted, el *croupier* se ha equivocado, véanse las cartas, encarnado gana y color pierde! Y ganó León un contra color: unos treinta duros.

¿Qué más daba! Llamaron para el baccara y se puso á tallar el bajo, ó actor, ó lo que fuera el hombre sin barbas, y dejó á todo el mundo en cueros. A las dos de la madrugada se marchó doble de gordo de lo que era, según le abultaban el cuerpo los billetes de Banco.

León se quedó hasta las cinco de la madrugada, y lo perdió todo, todo, todo! Lo suyo, lo ajeno, el crédito, la voz, la paciencia... Se salió á pasear por la orilla del mar, haciendo unos monólogos dramáticos preciosos.

Pero bien pronto la desesperación cedió el paso á las reprensiones devotas, porque León era devotísimo, y lo habían educado los frailes, pertenecía á no sé cuantas sociedades de esas en que vive la juventud de ahora que ha entendido la vida y no quiere pasar como pasamos nosotros hace treinta años disgustos, persecuciones, destierros y todas las molestias del que lucha y batalla; León podría ser jugador, y gustarle la diversión, y tener sus cosas; pero... era católico ferviente, siucero, y en este punto, verdaderamente respetable.

Tristísimo pedía á Dios que le sacara de sus apuros.

¿Cosa esencialmente humana! Damos rienda suelta á nuestras pasiones, instintos y vicios;



viene la mala, y entonces, que Dios se encargue de liquidar la situación. Esta manera de entender la divinidad es de todos; así es el hombre.

¡Pobre amigo! ¿Qué iba hacer? ¿Cómo iba á volverse á Madrid? Lloraba á solas por la playa, por las calles y plazas de la dormida ciudad. Se comparaba con los que estarían entregados al sueño feliz del que no hace nada malo; sentía remordimientos espantosos... Estaba amaneciendo y en la iglesia próxima volteaba la campana llamando á la misa del alba.

Vió pasar por delante de él y subir por la escalinata del templo á tres ó cuatro ancianas vestidas de negro, dos ó tres mendigos, unas muchachas, de negro también, acompañadas de una señora...

Entró.

El fresco de la iglesia le reanimó. El templo estaba obscuro, no había en él más que ocho ó diez personas, y una señora confesando. León llegó hasta cerca del altar, se arrodilló, metió la cabeza en el pecho y comenzó á rezar... Pero al oír el primer *Dominus vobiscum* de la misa, todos los recuerdos de la noche vinieron á interrumpir su devoción. Se acordó de D. Celedonio, de sus saludos en broma, de la fortuna perdida... Levantó la cabeza y miró á la cruz del altar para que las ideas de odio se le borraran de la mente, y á poco el cura volvióse de cara á los fieles y dijo por segunda vez la palabra santa:

— *Dominus vobiscum.*

— ¡Era él!!

Sí, era el desconocido, el supuesto artista, el hombre gordo pronunciando la misma frase... era él, no había duda.

Y León perdió la cabeza, olvidó el lugar en que estaba; su conciencia de católico sincero se sublevó, lo olvidó todo, esperó la tercera vuelta de frente de aquél que estaba allí y ante el cual oraban con honrada devoción ancianas y pobres, y así que el momento llegó, D. Celedonio dijo con acento solemne.

— *Dominus vobiscum...*

Y León le gritó, cara á cara, colérico:

Colorado gana, y color pierde, ¡FARISEO!

EUSEBIO BLASCO.

## JUICIOS POR JURADOS

El sábado 12 del actual se constituyó en la Audiencia de Manzanares el Tribunal para juzgar una causa calificada de *parricidio, asesinato é infanticidio*.

Los hechos que dieron origen á esta ruidosa causa, según aparecen en los autos, son los siguientes:

Juana Olmo Munilla, joven hermosa de 18 años, vivía en el Tomelloso en compañía de su tía Juana Munilla y del presbítero D. Tomás Fernández Poblete, que vivía en dicha casa en calidad de huésped. En la noche del día 2 de Octubre último, Juana Olmo se sintió enferma, dando á luz en la madrugada del día siguiente una niña de todo tiempo y viva.

En vista de la gravedad del caso fué llamada á altas horas de la noche la madre de la parituriente, Emilia Munilla, que vivía en otra casa distinta de la habilitada por el cura, la joven y la tía, y una vez reunidos los cuatro y verificado el parto, hicieron desaparecer las huellas de éste lavando la habitación y las ropas que se habían utilizado, conviniendo los cuatro, para impedir el descubrimiento de la deshonra de las personas que en él habían intervenido, hacer desaparecer la criatura bajándola á la cueva, donde ya muerta, la escondieron entre un montón de paja que allí había.

Habiéndose agravado Juana Olmo á consecuencia del parto, y de cuyas resultas falleció, fué llamado para asistirle el médico titular del Tomelloso D. Manuel Ortiz, y por los síntomas de la enferma comprendió en seguida que se trataba de las consecuencias de un parto que

la familia trataba de ocultarle, y dió conocimiento al juzgado municipal de dicha población, que instruyó las primeras diligencias y encontró el cadáver de la niña en el sitio de la cueva donde lo habían escondido.

Fueron todos presos, confesándose el presbítero padre de la criatura muerta y siendo todos enchiquerados.

Terminado el proceso, el Teniente Fiscal D. Bernardo Longué sostuvo en el acto de la vista, que se verificó á puerta cerrada, sus conclusiones provisionales, por las que se solicitaba la pena de muerte para D. Tomás Fernández Poblete, cadena perpétua para Juana Munilla y nueve años para Emilia Munilla.

Hizo el resumen el presidente del Tribunal, D. Pedro Escobar, y el jurado dictó veredicto de inculpabilidad para los tres procesados, que fueron puestos inmediatamente en libertad.

Ningún periódico enemigo del Jurado ha condenado el fallo del de Manzanares; se trata de salvar á un cura para quien se pedía pena de muerte, y no se han atrevido á dar su opinión.

Yo voy á darla, y en esta forma:

«Mientras la reacción clerical domine, el Jurado en España será lo que ella quiera.»

## PATRIA Y RELIGIÓN

Un licenciado de Cuba, herido y aun no curado del todo, tuberculoso y anémico, fué encontrado en una calle de Jerez de la Frontera tendido y arrojando sangre por la boca.

Un guardia municipal lo cogió cariñosamente y lo llevó al Hospital, donde, después de negarle una taza de caldo y llenarle de improperios porque no se había quedado en el Hospital de Cadiz, lo arrojaron á la calle, por la que continuó el recorrido de su dolorosísimo Calvario, con los ojos llenos de lágrimas y el pecho henchido de angustias.

El hospital está dirigido por hermanas de San Vicente de Paul.

¡Que bien estarían en el cielo esos ángeles de la caridad, ó fregando suelos, ó lavando en el río!

¡Pobre hijo del pueblo! Fué á Cuba por no tener 6.000 reales, se batió por defender intereses ajenos, sufrió hambre, derramó su sangre, contrajo una enfermedad que lo llevará pronto al sepulcro; y cuando regresa á España no encuentra ni una taza de caldo en un hospital explotado por el clericalismo, ni un rincón donde reposar unas cuantas horas!

Habladle ahora de la patria y la religión á ese soldado, y apartaos inmediatamente por sí, al escupir sobre ellas, os salpica el rostro su saliva.

## LA MÁSCARA CATÓLICA

He aquí lo que dice *España Cristiana*, periódico trabucaire valenciano:

«Toman esta fiesta (la del Corpus) muchos... como un pretexto para reunir tertulias de carácter profano. Apañadas muchedumbres, formando grupos pintorescos, han de aparecer á tu vista como ramilletes de flores lozanas. ¿Qué se proponen esos caballeros elegantes ó esas señoras con el rostro pintado de blanco y carmín? ¿Qué se proponen con ese lujo de oropel, con esos trajes de fantasía y con esos perfumes... baratos? ¿Eres tú, Señor, el dueño de sus pensamientos? ¡Ah, no! Bien sabes que su objeto principal no es rendirte vasallaje, sino disfrutar una tarde dando satisfacción á sus sentidos; deleitar los ojos, con el espectáculo brillante que ofrece la comitiva; los oídos, con las armonías de la música, el retumbar de los cañones y el juego de las campanas; el olfato, con los aromas del incienso y de las flores; el paladar, con los indispensables dulces y refrescos que á los invitados se sirven, y el tacto, con las danzas y bailes que se organizan en los salones para completar la fiesta.

Sí; tertulias de carácter profano. En aquellos balcones, repletos de familias alegres, se murmura del prójimo, se despelleja con suavidad á los ausentes; los muchachos de uno y otro sexo sostienen tiroteo de frases equívocas y picantes en lenguaje culto; los

padres celebran con aplausos y risas lo que llaman *discreto* de la juventud bulliciosa, y unos y otros miran la procesión (si la miran) como quien ve desfilar por el escenario de un teatro una comparsa de cómicos desempeñando su papel, ó como quien presencia desde un palco de la plaza el paseo de una cuadrilla de toreros. ¿Y sería extraño. Señor, que muchas manos de las que arrojan claveles y rosas deshojadas al paso de tu flotante Trono, fuesen las mismas que sueltan palomas en el coliseo y echan ramos á los pies de las bailarinas indecentes?»

¿Que verás, por fin, en las calles y plazas? Delante del cortejo un escuadrón de... *bestias*, es decir de chusma inbécil, que hace dudar si habitamos la Europa civilizada ó las kábilas del Rif; á un lado y otro, jóvenes disolutos y audaces requebrando á las muchachas ó profanando la solemnidad con el sombrero calado y el cigarro en la boca, y, en la misma carrera, soldados que blasfeman, tal vez, de la Hostia de amor!... ¿Qué más? Hombres en la comitiva que no saben á qué van en la procesión, por qué van y para qué van; corporaciones que asisten, si les acompaña una música, y si no, se vuelven por el mismo camino; elementos (*de discordia*) oficiales, que riñen si no se les concede un lugar distinguido para lucir trajes, fajas, cruces, bandas y entorchados... Pero, ¿quién acude, Señor, con la conciencia limpia? ¿quién te lleva en el relicario de su alma? Separando á los sacerdotes, no habrá en la procesión del Corpus cien personas que hayan comulgado aquel día!!!... Y por esto, Señor, y por lo demás allá, yo creo que la procesión del Corpus, principalmente de ahora, en vez de un paseo triunfal, debe ser para ti una calle de Amargura.

Y á propósito: refiere la *Vida del Beato Maestro Juan de Avila* que, al salir de Granada este santo varón cierto día de Corpus, para visitar un santuario de las inmediaciones, tú, Señor, se le apareció cargado con la cruz, lleno de sudores y derramando sangre como en los momentos de la pasión. Entonces Juan de Avila, sobrecogido y tembloroso, preguntó: ¿Cómo es esto, Redentor mío? En un día de tanto gozo, ¿tú tan triste?... A lo que te dignastes contestar: ¡Pues así me han puesto los pecados que cometen hoy ciertos creyentes...

Y si los malos católicos renuevan tu pasión dolorosa en el día grande de tus triunfos, ¿qué harán los librepensadores y demás sectarios? ¿Por qué, Señor, no sales de los templos en carroza de fuego, como Elias, y lanzas sobre los pueblos ingratos y apóstatas los rayos de tu soberana indignación?»

El cuadro está bien pintado: los católicos son efectivamente lo que el periódico carca dice. Pero advierta que, si se suprimiera todo lo que censura, el catolicismo se quedaría reducido á la más mínima expresión.

Si no sirviera para satisfacer vanidades y malas pasiones, disculpar faltas y encubrir crímenes, ¿quién se tomaría la molestia de ser católico?

Por lo tanto, el que trate de limpiar la Iglesia de esas telarañas, trabaja contra ella más que el propio MOTÍN.

## COSILLAS

Leo en el *Heraldo de Madrid* del miércoles:

«Nos escriben de Ametlla (Tarragona), pueblo que pertenece al distrito del Sr. Bosch y Fustegueras, que allí se encuentran casi casi en pleno *noventa y tres de Francia*.

Los republicanos son los dueños por completo de la Insula. El alcalde es el presidente del Comité de la República Nacional; el juez es el vicepresidente del mismo Comité; la mayoría del Ayuntamiento pertenece al citado Comité..., y los conservadores de verdad, personas de seriedad y arraigo en el pueblo, son los perseguidos.»

Si todos los republicanos cumpliéramos con nuestro deber, en la mayoría de los pueblos de España ocurriría lo propio, puesto que somos los más.

¡Y poco gusto que me daría el oír que los perseguidos eran los conservadores, en vez de los perseguidores, como viene ocurriendo hace un cuarto de siglo!

Milagro recién puesto por el jesuita Torrero en el pulpito de la iglesia de Manzanares:

«En Pisa, cierto sujeto robó un copón que contenía una forma consagrada; la echó en su caballo y salió de la ciudad para vender el vaso sagrado, más el caballo se clavó en una plaza y no se movió hasta



que llegó un obispo y sacó otro copón; la forma se salió sola, se elevó y descendió otra vez; todo esto á la vista de los allí presentes.»

**¡Apénas si tenemos trágaderas  
los que somos católicos de veras!**

La víspera del Corpus publicó un periódico de Madrid lo siguiente:

«Mañana figurará en la procesión de Cópua una preciosa niña vestida de ángel, que llamará la atención por su belleza, y la cual será recibida después por el ilustre general Polavieja, ante quien recitará una poesía.»

**¡Como contrasta esto con aquellos fusilamientos de Filipinas!**

### MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

¡Y poquito que se divertieron las personas de gusto cuando los misioneros estuvieron en Alconchel con los chaparrones de brutalidades y vulgaridades que soltaron!

Comenzaron diciendo que la virgen de los Remedios había pedido á Dios que ellos fueran allí, siendo así que los llamó un zopenco del pueblo aficionado á darse pisto con burradas por el estilo; invitaron á la Virgen citada á derramar unas lagrimas, y como no lo hizo, dijeron que estaba enojada por los agravios que en el pueblo inferían á su hijo.

Recomendaron el ayuno mientras ellos se atiboraban de jamón, y emplearon un lenguaje excesivamente pornográfico para pedir que se casaran los que no lo estuviesen.

Sostuvieron que á Dios nadie se la pegaba; y que Aristóteles, Cicerón y otros muchos, á pesar de que fueron sabios, estaban ejerciendo de cochifritos permanentes en el infierno, por no haberse acordado de Dios al morir; añadiendo que ciscarse en Dios es más pecado que robar ó asesinar; que en aquella población los hombres eran criminales porque iban á la taberna, al café, ó al casino, y leían periódicos impíos; y que no podía ser honrado el que no fuese católico.

Calificaron de brujas á las mujeres que beben vino, y de brujos á los masones; tronaron contra el matrimonio civil, y en suma, se despacharon á su gusto, como de costumbre al tocar el sexto mandamiento, poniendo ejemplos propios de burdeles.

Una cosa únicamente, de haberlos oído, me habría disgustado de cuanto dijeron, y fué que Dios tiene destinado asiento en la gloria para ciertos y determinados individuos de las diferentes religiones. Porque, francamente, nunca he pensado en ir al cielo por la sencillísima razón de que

ese cielo azul que todos vemos  
ni es cielo ni es azul,  
mas de haberlo pensado alguna vez, estendería ahora mismo mi renuncia por escrito.

¡Ahí es nada pasar tantos trabajos en la tierra, para encontrarse al morir con que tiene uno que pasarse la vida eterna al lado de beatos, jesuitas, usureros, bandidos y demás gente tan criminal como católica!

Una buena y decente señora de Puertollano, que no pierde el tiempo en entrar y salir en la iglesia, supo que una infeliz no tenía quien le apadrinara un hijo que acababa de dar á luz, y se ofreció á hacerlo.

Llega á la iglesia, y el párroco le dice con la soberbia propia del sitio y del caso, que no podía apadrinar el niño. La señora le pregunta por qué, y le contesta que no tiene que darle explicaciones. Entonces ella, confusa y avergonzada, le tira al suelo el importe del sacramento y huye del templo con el firmísimo propósito de no volver á entrar en ninguno.

Dé entonces por bien empleado el mal rato que su tocayo en faldas le dió; apartarse de tales sitios es tan higiénico para el cuerpo, como para el bolsillo, como para el alma si conviene.

¡Qué minita es la iglesia de Catarroja! Además de las entradas por sacramentos, misas y demás artículos de primera necesidad... religiosa, el cura ha convertido en casa de subasta lo que otros convierten en casa de mercaderes, y que sólo debería ser de oración.

Días pasados rifó un saco de harina cuyo coste era de 40 pesetas, y cuyos bonos, vendidos en el templo á las mujeres, ascendieron á 200 pesetas; rifóse luego una mantilla, durante la misa, en las mismas condiciones, y el día del Corpus un mantón de Manila, cuyas papeletas ascendían al triple de su valor.

El seglar que rifa algo, va á la cárcel y paga una multa; en cambio nadie se mete con el cura que convierte el templo en barraca de feria, subastando y rifando hasta la respiración.

Esta es hoy la justicia en España; por eso se acrecienta cada día el deseo y la necesidad de tomárnosla por nuestra mano.

Vivia en Almería, era joven, hermosa, de costumbres ejemplares, y amaba.

Tuvo celos, lloró mucho, y en un momento de delirio acabó por suicidarse. ¡Pobre Natalia Sánchez!

El cura de su parroquia no se oponía á que la enterrasen en el cementerio católico, pero exigía 15 duros, que su infeliz familia no pudo darle; por lo tanto, fué llevada al civil.

Creyó el cura deshonrarla con esto, y ha resultado lo contrario; porque en vez de pudrirse el cadáver al lado del de alguna ramera jubilada en las sacristías, ó de algún presbítero de pasiones groseras, se pudre entre los cadáveres de hombres honrados como los Mayorgas, Zubietas, Merinos etc.

Pero como su intención no era esa, caiga mi anatema sobre ese cura que hace al dinero árbitro en asunto tan sagrado como el enterramiento de un ser humano.

¡Y que no se puso bruto el cura de Seana (Mieres), por que un empleado del ferrocarril no tenía bula! No contento con insultarle, le amenazó y concluyó diciéndole que se había de acordar de él.

Ponedle á eso manso presbítero un trabuco en la mano y unos cuantos liberales en frente, y emulará las hazañas del bandido tursurado Santa Cruz.

No lo pueden remediar; son muy carcundas.

Dicen que los frailes expulsados del Ecuador van á venir á España.

Tontos serían si no lo hicieran.

¿A qué país irían donde encontrasen más ladrones explotables, más pecadoras desplumables y emplumables, y más republicanos y liberales calzonazos?

Hace pocos días estuvieron en Requena fuerzas del ejército, y el cura se negó á recibir los alojados que le correspondían.

¿A qué tiene ama, y joven, y guapa, amen de ser carcunda?

Los celos por una parte... El amor al Chapa por otro...

Pongámonos en el caso de ese enamorado trabucaire, y disculpémosle.

En la peregrinación al santuario de la Aparecida (Santander) los romeros daban mueras á Satanás.

¡Y lo que rabiarían los curas al oírlos! Muerto Satanás ¿que pretexto tenían ellos para deshollar las bolsas de los fieles?

Por extravío del viril de la iglesia de Torrestío fué procesado y trincado el pater D. José Díaz Piñeiro.

Un tal Telesforo, herrero de oficio, y un vecino suyo apodado el Niño, pareciéndoles deshonroso el que continuara en la cárcel, prestaron fianza por valor de 750 pesetas.

Al verse en libertad el del viril, preparó con gran sigilo los documentos y salió de naja hacia la República Argentina.

Me alegro por la satisfacción que experimentarán ahora los dos fiadores al quedarse sin los cuartos que pusieron en fianza por ese cura á quien su conciencia le ha dicho: «huye con el viril.»

### DISPAROS

El hambre hace extragos en Ayamonte, contribuyendo á agrabarla el funesto tratado de pesca con Portugal.

¿Manera de remediar esto? Celebrar una serie interminable de rogativas y rosarios, de madrugada, durante el día, por la noche, á toda hora.

Cánticos estridentes, música ratonera, beatas, vagos y curas, que todo viene á ser uno, es lo que se ve por las calles.

Como consecuencia obligada, las supersticiones más groseras están en moda allí; todas las enfermedades se curan (?) con oraciones; la erisipela, con sólo santiguarse el paciente; se confeccionan pelotillas y polvos, que, tomándolos en la comida, oliéndolos ó sentándose simplemente sobre ellos, inclinan el ánimo de una persona á querer á otra; en una palabra, que muchos vecinos viven en pleno salvajismo; y como lo esperan todo de voluntad de Dios, se mueren de hambre como las chinches en los cuartos desalquilados.

Unase á esto el que un tal Solesio, cacique máximo, ha suprimido una escuela de niños en el barrio de la Villa, y sitia por hambre á hombres dignos, únicamente por ser republicanos, y digaseme cómo se vivirá en Ayamonte, población que por sus condiciones especiales debía ser una de las más favorecidas de España.

Los mozos de escuadra del puesto de Piera, registrando el cortijo de San Jaime Saboliveras, propiedad del significado carlista D. Carlos Valls, han encontrado cinco tercerolas, tres fusiles remington, cuatro pistolas, dos revólveres, seis bayonetas, siete machetes, cinco cornetas, un sable y 800 cartuchos de fusil.

Se preparan los carlistas para cometer nuevos crímenes. Preparémonos á exterminarlos en cuanto levanten la cabeza.

Análisis y reconocimientos practicados en el laboratorio municipal de Madrid durante la segunda quincena de Mayo último.

Vinos siete; buenos, dos; adulterados con agua ó yeso ó con ambas cosas, cinco.

Aguardientes, tres; de ellos, uno bueno; los dos restantes veneno.

Leches, seis; también sólo una buena, y cinco aguadas y demás.

Carnes, dos, y las dos en malas condiciones.

Ninguno de esos envenenadores con casa abierta ha sido preso; por no ocurrirle nada, ni siquiera los han ahorcado, aun cuando no hubiera sido más que interinamente.

A un cartero del Ferrol le han quitado su empleo porque averiguaron que no creía en el misterio de la Santísima Trinidad.

Desde que hemos descubierto que no es posible repartir bien la correspondencia sin creer en lo que nadie entiende, se impone la necesidad de tener carteros ortodoxos.

Como lo son todos los que sustraen valores de las cartas.

Parte de los titulados librepensadores de Buñol, no sólo fueron á esperar al cardenal Sancha á las afueras de la población, sino que le besaron el anillo y banquetearon con él.

¿Que dónde escupo? En las convicciones de esos caballeros.

Por querer meterse en todo, las monjas trashumanas quieren meterse ya hasta en la cárcel de mujeres de Madrid, echando de ella á las empleadas que se ganan allí el pan.

Tienen mi voto, más no para mangonearlo y explotarlo todo en la cárcel, si no para ingresar de internas con opción á ascender al presidio de Alcalá.

Ruego al Sr. D. J. S., que firma la carta en que se me habla de lo acaecido con la herencia de don Joaquín Bellando del Villar, que me diga, para ocuparme del hecho, la población en que ha ocurrido, pues sin duda por distracción no lo dice.

### BIBLIOGRAFÍA

(Impresiones de un soldado)

El valeroso médico militar D. Felipe Trigo, víctima y héroe en la sublevación de los disciplinarios que guarnecían el fuerte Victoria en Mindanao, ha tenido la excelente idea de publicar con los epígrafes que anteceden, sus impresiones sobre la actual rebelión.

El primer volumen, *El general Blanco y la insurrección*, contiene los notables artículos que en *El Nacional* publicó dicho señor en defensa del general Blanco, y que tanto llamaron la atención; los comentarios de la prensa á dichos artículos, otros trabajos sobre el mismo asunto y parte del discurso del señor Romero Robledo, en su reciente interpelación sobre los sucesos de Filipinas.

El Sr. Trigo, al coleccionar esos artículos, propónese que no se borre cuanto escribió pidiendo justicia para el marqués de Peña Plata, á quien la redacción frailuna había hecho blanco de sus iras.

Hoy esa justicia está hecha, y no es el Sr. Trigo quien menos contribuyó á que así sucediera.

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

DESDE ABRIL Á DICIEMBRE DE 1872

FOLLETO 4.º

PRIMEROS CHISPАЗOS.—ROBOS Y SECUESTROS.—FUSILAMIENTOS Y ASESINATOS EN DIVERSOS PUNTOS.—INCIDENTES VARIOS.

Imprenta Popul r, Plaza del Dos de Mayo, 4.